

**HISTORIA y SERVICIOS de
los DETECTIVES PRIVADOS**

DE BAKER STREET AL PASEO DE LA CASTELLANA

ÓSCAR ROSA



Registro General de la Dirección de la Policía. ... favorable iniciativa del Sr. Méndez Alanís

usted, desde su despacho, dirigir una vigilancia determinada con motivo de una ceremonia?...

—Muy sencillamente. Me paso unas horas delante de un plano gráfico del trayecto que va a necesitar vigilancia por cualquier motivo, y voy distribuyendo sobre él las diferentes fuerzas de que dispongo, que en el plano están representadas por banderitas, de diferentes colores, según sea agente, guardia civil ó guardia de seguridad; cada banderita tiene también el nombre del agente ó el número del guardia. Así es que los 2.000 ó 5.000 hombres los coloco matemáticamente, siempre teniendo en cuenta los puntos en mayor ó menor vigilancia.

En silencio, Don Ramón sacó un cigarrillo de papel, del tamaño de un puro, y lo encendió.

—¿Entiendo usted, don Ramón, que el delito se castiga con dureza, ó se debe educar al delincuente?...

—Eso no puede decirse de una manera absoluta. Lo que sí entiendo es que la pena no debe ser nunca verdadero castigo, y si, medio de defensa que está obligada a emplear la sociedad

contra el insensato que perturba las condiciones esenciales de subsistencia. Debe separarse de la sociedad en cualesquiera de las formas en que esto sea posible, á todo aquel que demuestre una total inclinación al crimen. Al criminal se le priva de los derechos adquiridos y por lo tanto se le priva de la libertad temporal.

—¿usted que es el criminal?...

—No sé, don Ramón, no es cosa sencilla. La policía es la mejor Policía del mundo, entre otras razones, porque yo no las conozco lo suficiente para emitir un juicio definitivo. Sé que en Buenos Aires se encuentran muy bien organizados algunos servicios. Los mejores registros de identidad, fundados en el sistema dactiloscópico, indudablemente son los de aquella ciudad, cosa que no extraña, pues, están dirigidos por el celebre Vicieli, cuyo sistema es en el fondo, el más generalmente aceptado. La Policía social y la de investigación criminal también se encuentran muy bien organizadas. Y

en casi toda Europa se hallan bien atendidos estos servicios. Las organizaciones de Policía, pueden dividirse en dos grandes grupos ó sistemas, que son: el inglés y el francés; yo soy partidario del inglés.

El Director al terminar de decir esto se puso de pie.

—¿Quiérete usted visitar las dependencias?... me preguntó.

—Entusiasmado,—repuso.

Marchó él delante. Su presencia en todas las oficinas inspiraba un respeto casi religioso. Don Ramón, con su gesto de caudillo, saludaba á todos.

Y quedé admirado de la prolijidad y orden exquisito que reinaba allí, hasta en los menores detalles.

Deber y Voluntad.

¿Qué diferencia tan grande existe entre la dirección de Policía y las demás oficinas del Estado?... ¡El Ministerio de Hacienda, por ejemplo!...

EL CABALLERO AUDAZ



ÓSCAR ROSA DE BAKER STREET AL PASEO DE LA CASTELLANA

HISTORIA y SERVICIOS de los DETECTIVES PRIVADOS



Ariel

Primera edición: marzo de 2025

© Óscar Rosa López, 2025

Iconografía: DAU, Grupo Planeta. © Ilustraciones de interior: © Collection
KHARBINE-TAPABOR / Album, Colección Particular, © Fototeca Gilardi /
Bridgeman Images / ACI, AESA, © Album, © BNE, © Archivo Personal del autor.

Diseño de guardas: Arte & Diseño.

El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir los contenidos publicados en esta obra. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar, identificar y recabar la autorización de los propietarios de los copyrights. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado y se corregirá en ediciones posteriores.

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3847-7

Depósito legal: B. 3.608-2025

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Índice

<i>Prólogo: ¡Eres detective privado!</i>	9
--	---

INFORME PRELIMINAR

El enigma del detective privado, entre realidad y ficción	17
Historia mínima (y verdadera) de la profesión	63

INFORME DEL CASO ESPAÑOL

Érase una vez... antes de 1951	117
Continúa... después de 1951	171

LAS PRUEBAS

Preguntas frecuentes	223
Noticias y casos reales	259
<i>Agradecimientos.</i>	277
<i>Notas</i>	281
<i>Índice desarrollado.</i>	301
<i>Bibliografía recomendada</i>	309
<i>Créditos de las imágenes</i>	315

INFORME PRELIMINAR



El enigma del detective privado, entre realidad y ficción

La profesión en sí misma, y todo lo que la rodea, siempre ha suscitado una fascinación particular, envuelta en un halo de romanticismo. Por la discreción con la que solemos trabajar y el anonimato que implica el resultado de nuestras investigaciones, suele resultar desconocida y misteriosa. Quizá sea ese el *hueco* que ha venido a llenar la literatura, el teatro, el cine, la radionovela y más recientemente las series de televisión, convirtiéndonos así en una de las figuras más reconocidas en nuestra cultura y, al mismo tiempo, una de las que en realidad menos se conoce. El ejemplo por excelencia es el detective más famoso de la historia, Sherlock Holmes, personaje inmortal e imperecedero creado por Arthur Conan Doyle en 1887. Su figura esbelta y delgada, su gorro tipo *deerstalker*, su abrigo *inverness* y su pipa curva lo hacen distinguible en cualquier parte del mundo, como ocurre con Coca-Cola o Mickey Mouse.

Además de formar parte de nuestra cultura popular, la profesión también está presente en nuestro vocabulario, con algunas frases que empleamos en el día a día sin ser conscientes de ello, al usar expresiones como «poner bajo la lupa» para referirnos a examinar con detalle y seguir los avances sobre algo o alguien, o «estar en la sombra», para transmitir que nos colocamos en segundo plano mientras permanecemos atentos. Cuando adoptamos una actitud de análisis para resolver un problema, nos referimos a ello como «ponerse el

sombrero de detective»; cuando alguien resuelve un problema o misterio utilizando la lógica y la observación detallada, utilizamos «estar hecho un Sherlock Holmes». Además, al decir «seguir la pista» o «seguir el rastro», expresamos la acción de continuar la búsqueda de algo o alguien basándonos en las señales o indicios.

De niños jugamos a ser detectives, cómo no. No obstante, llegados a la edad adulta ni siquiera nos preguntamos qué hace realmente un detective. Algunas personas, influenciadas por el imaginario literario, declaran incluso tener una vocación para este oficio, pero ¿cuánto hay de verdad en lo que se conoce y extrae de libros o películas? No basta con ponerse un gorro y una gabardina y fumar una pipa para poder abrir un despacho y dedicarse a ello. (Cabe destacar que se trata de una de las profesiones a las que se asocian más objetos e iconos de vestimenta, como el sombrero fedora, la lupa, el gorro de cazador o las ya mencionadas gabardina y pipa. Pensemos en cualquier objeto, como un patito de goma: si le ponemos un sombrero fedora y una gabardina, ¡*voilà!*, lo convertimos en el patito detective.) En España, de hecho, hay que estudiar una carrera, pues la profesión está regulada por el Ministerio del Interior.

Cuando se leen entrevistas de los primeros detectives del siglo pasado, se observa que todas tienen un factor común: el periodista sitúa al lector al aclararle que quien tiene delante no es un personaje de ficción. Una muestra la encontramos en el detective Enrique Cazeneuve, quien, en la década de los años veinte, se dedicaba a desmitificar los clichés en sus charlas emitidas por Radio Barcelona. Estas disertaciones sirvieron de base para la escritura del primer libro de no ficción sobre este trabajo, *Detectivismo práctico* (1925).

Por todo lo mencionado, es inevitable que cuando pensamos en la figura del detective privado nuestra mente dibuje la imagen popularizada por la ficción. Esta representación colectiva ha contribuido a forjar uno de los estereotipos más recurrentes en las artes, convirtiendo a esta figura misterio-

sa, intrigante, enigmática e ingeniosa en una especie de mito. Incluso podríamos identificar algunas tipologías concretas de dicho personaje, creado y recreado a lo largo del tiempo:

El detective público. Uno de los arquetipos más comunes en la ficción, originado en Estados Unidos: es el detective que trabaja en el sector público, generalmente en un departamento de policía. Su labor incluye resolver casos de asesinatos, robos y delitos de drogas. Un excelente ejemplo de este tipo es el protagonista de *Colombo* (conocida como *Columbo* en Hispanoamérica), quien destaca por su astucia y enfoque no convencional en la resolución de crímenes. Los detectives públicos son habituales protagonistas de documentales y películas de *true crime*; otros ejemplos incluyen *True Detective*, cuyos personajes también representan esta categoría.

El detective retirado-tradicional. Otro cliché, también originario de Estados Unidos, es el del detective que pasa a la esfera privada después de haber estado varios años en el cuerpo policial, del que ha sido expulsado, jubilado o retirado. Aprovecha sus contactos de antiguos compañeros dentro del cuerpo de la Policía para obtener información que le ayude a resolver sus casos. Trabaja en solitario sin necesidad de dar explicaciones, aunque en ocasiones cuenta con una secretaria. Es intrusivo en lo que investiga, algo que a menudo genera rivalidades o conflictos de intereses con los agentes de la ley. Acepta cualquier encargo siempre y cuando implique facturar, lo hace sin un contrato definido y no queda clara la línea entre lo legal e ilegal. Trabaja en un único caso a lo largo de toda la historia, siendo común que se trate de un asesinato, robo, secuestro, desaparición o estafa. Viste con gabardina, es trasnochador, fumador empedernido, bebe alcohol habitualmente e incluso consume drogas; descuidado en cuanto a higiene, también suele tener problemas familiares o de pareja (atendiendo a todas estas características, no es extraño que Charles Bukowski se trasuntara en detective en su novela *Pulp*). Por lo general, lleva un

arma escondida en el coche. En ocasiones, tiene una relación amorosa con el cliente que solicita el encargo y una facilidad pasmosa para aparcar su vehículo. Un ejemplo representativo es el personaje de Hércules Poirot, de Agatha Christie, y también los protagonistas de las series de televisión *Spenser*, *Cannon* o *Ironside*.

El detective corporativo. Otra diferencia significativa con la realidad es que las entidades bancarias, aseguradoras o grandes empresas no tienen detectives privados en su plantilla como personal, como sí vemos en el caso de la película *La maldición del escorpión de jade* (2001), donde el actor Woody Allen interpreta a C. W. Briggs, un investigador de fraudes que trabaja para una compañía de seguros, y en la película *Memento*, del año 2000, con el personaje de Leonard Shelby, interpretado por el actor Guy Pearce. En España, por nuestra regulación, esto no es posible: solo trabajamos de forma externa e independiente.

El detective duro. Se define por su fuerza y resistencia, tanto física como emocional. Es un lobo solitario, curtido por la vida y por su trabajo, que ha visto lo peor de la humanidad y no se deja impresionar fácilmente. Ejemplos notables de este arquetipo son Philip Marlowe, protagonista de *El sueño eterno*, y Sam Spade, de *El halcón maltés*, ambos creados por escritores emblemáticos de la novela negra.

El detective despistado. Mientras que a los detectives privados se les atribuyen habilidades de sagacidad y discreción, a menudo encontramos personajes que son su antítesis: torpes, olvidadizos y poco discretos, con un aire cómico. Ejemplos de este tipo de detectives son Antoine Doinel, de la película francesa *Besos robados* (1968), el personaje interpretado por el actor Carl Duering en la película alemana *La posesión* (1981) y Doc Sportello, de la película norteamericana *Puro vicio* (2014).

El detective no profesional. Se trata del personaje que, aunque no es detective profesional ni tiene formación policial, posee una habilidad natural para resolver misterios y descu-

brir la verdad. Un ejemplo es el de Jessica Fletcher en la serie *Se ha escrito un crimen*, y otro el de Ignacio Selva, el protagonista del libro *La gota de sangre* (1911) de Emilia Pardo Bazán, considerada una de las primeras novelas del género en España: Selva es un aficionado a leer novelas policíacas que se encuentra en la situación de resolver un crimen. En esta misma categoría incluimos a los niños que, con espíritu detectivesco, son protagonistas en la resolución de investigaciones. Un modelo representativo son los libros de *Los cinco*, escritos por la autora inglesa Enid Blyton.

Con estas premisas asentadas, nos adentraremos a continuación en las representaciones más emblemáticas que ha inspirado esta figura en las ficciones, para recorrer de manera concisa pero reveladora su evolución en el imaginario cultural.

TIPOS Y PROTOTIPOS LITERARIOS

En la actualidad, el género policíaco, la novela negra y el *true crime* viven un notable auge y esplendor en el panorama universal. A menudo el lector se siente, como en ningún otro ámbito, protagonista del argumento, elaborando sus propias teorías y conclusiones. No pretendo profundizar en los diferentes subgéneros de la novela policíaca; basta con señalar que el estereotipo del detective privado ha sido abordado en todas las diferentes formas de narrativa. Más adelante profundizaré en los detalles del oficio y veremos cómo los rasgos psicológicos de los protagonistas, las tareas y, en general, las descripciones de personajes y casos suelen ser tópicos que se distancian de la realidad. Sin embargo, debemos reconocer que estas obras han contribuido a que el detective forme parte del imaginario colectivo y han ayudado a difundir su profesión.

Si analizamos la prensa escrita, descubriremos que desde mediados del siglo XIX existía en España una gran curiosidad por las crónicas de sucesos, lo que hoy llamamos crónica

negra. Incluían desde historias de bandoleros hasta crímenes sin resolver y detenciones de delincuentes, donde se publicitaban los nombres de los inspectores de policía que se encargaban de los casos, acompañándolos de adjetivos que los magnificaban y elevaban a la categoría de leyendas. Las hazañas y, sobre todo, el reconocimiento de esos inspectores, quienes luego pasarían a la esfera privada como detectives, favoreció que se tradujeran y llegaran a España las memorias de algunos tan emblemáticos como Eugène Vidocq, Marie-François Goron, Eugène Villiod, Frederick Porter Wensley, Charles Arrow, Allan Pinkerton o William J. Burns, por mencionar algunos destacados. Podríamos decir que el público estaba predispuesto, aunque el género policial (asumiendo en esta categoría todos los subgéneros) en nuestro país tardó algo más en florecer respecto a lo que sucedía en el extranjero: mientras que aquí no despegó hasta las primeras décadas del siglo xx, en otros países ya gozaba de un notable éxito y número de obras en la segunda mitad del xix.

Inicios del género

Existen distintas hipótesis sobre la fecha y título de la primera novela policíaca en España, pero vamos a considerar el año 1853 y la novela *El clavo*, de Pedro Antonio de Alarcón (más conocido por su obra *El sombrero de tres picos*). Allí se narra la historia de un juez que, mientras investiga un asesinato lleno de desapariciones y sospechosos, descubre que la mujer que ama es la culpable y debe juzgarla y condenarla. Más tarde, en 1909, el periodista y humorista Joaquín Belda publica *¿Quién disparó?: Husmeos y pesquisas de Gapy Bermúdez*, una entretenida parodia del género policíaco con un detective superdotado, que se enfrenta al misterio de la muerte de un duque. Del mismo autor tenemos que añadir la curiosidad literaria de la publicación de *Tenorio contra Sherlock Holmes*, el 30 de abril de 1915, en el número 331 de

la revista *Los Contemporáneos*. En el argumento el detective inglés pasa unas vacaciones en Sevilla, se produce el rapto de doña Inés por don Juan Tenorio, y Gonzalo de Ulloa le encarga el caso para encontrarla.

Dos años más tarde, en 1911, se publica *La gota de sangre* de Emilia Pardo Bazán. Como en el caso de Belda, esta no fue la única obra que la autora escribió sobre el género. En la novela, el protagonista Ignacio Selva es acusado injustamente de un crimen y se convierte en un detective aficionado para resolver el caso; la autora lo describe con la expresión «diletante de emociones», algo así como un aficionado o amante de las emociones fuertes.

Aparecen otras novelas entre las primeras del género en España, como el relato «El crimen del Kursaal», del periodista, crítico de arte y traductor José Francés, incluida en *El Cuento Semanal*, número 252, del 27 de octubre de 1911, transformado en novela con el título de *El misterio del Kursaal*. Le seguirán *Un crimen inverosímil*, del poeta y periodista Emilio Carrere, incluida en el número 324 de la colección La Novela Corta, del 25 de febrero de 1922. En el año 1931, *El vampiro rojo*, del periodista, dramaturgo, publicista y director de cine Adelardo Fernández Arias; aunque el título puede llevar a confusión con otro tipo de historia, trata de un delincuente llamado Gu Gu, muy similar a Fantomas, que ayuda a la Policía a resolver una serie de crímenes. También *El secreto del contador de gas*, de 1932, del periodista y marino mercante Julián Amich Bert, o *La misteriosa muerte del Dr. Cropp* de A. de Loma Osorio, incluida en la revista literaria popular *Letras*, número 7, de febrero de 1938.

Curiosamente, en la década de los años treinta algunos policías comenzaron a escribir ensayos y novelas, aprovechando su perspectiva única. Es el caso del inspector Luis Fernández Vior y su libro, de 1931, *Un crimen en barrios bajos: memorias novelescas de un policía madrileño*. Desde entonces son varios los policías que han decidido dejar su legado literario, como Juan Antonio Escobar Raggio y su *Historia de la*

Policía, del año 1947; Tomás Gil Llamas y su libro del año 1955 *Brigada Criminal: la actuación de la Brigada Criminal de Barcelona, desde 1944 a 1953, contada por su jefe*, o Tomás Salvador, que fue inspector de la Brigada Político-Social en Barcelona y escribió más de cuarenta obras desde 1952. Le seguirían otros autores como Manuel Giménez, a quien se le otorgó el Premio Nadal en 2016, Marc Pastor, Eduard Pascual, Alejandro M. Gallo o Jorge Ávila.

Los títulos nacionales y también los originales de gran éxito importados, traducidos, adaptados o versionados al español se distribuían, además de en librerías, en colecciones específicas del género, novelas cortas incluidas en revistas literarias y folletines. Estos modos de distribución tuvieron su gran auge durante las primeras décadas del siglo xx y fueron los grandes impulsores para dar a conocer autores, obras y personajes que se hicieron emblemáticos, cuya repercusión provocó que se adaptaran muchas de estas narraciones al cine, al teatro e incluso a la radionovela.

Las colecciones de detectives

Una de las primeras colecciones significativas apareció entre 1910 y 1911: *Raff-Card, el intrépido detective*, creada por F. Spiezel y adaptada en España por Fernando Eguidazu. *Pick Will, el pequeño detective*, un personaje muy reconocido en Reino Unido y Estados Unidos, fue adaptado en nuestro país por la Editorial Félix Costa de Barcelona y en la última etapa por Milla y Piñol. *Memorias íntimas del Rey de los Detectives* se publicó en cuatro series distintas, que se ilustraban con la figura de la cara de un hombre, similar a la imagen de Sherlock Holmes, delgado, con nariz aguileña, entradas en la frente y una pipa humeante en su boca mientras volteaba su cara hacia el lado derecho. No podemos olvidar el folletín de las *Aventuras extraordinarias de Lord Jackson, rival de Sherlock Holmes*, editado en España por F. Granada y Compa-

ña de Barcelona. Durante la segunda década del siglo xx, tuvo gran éxito la novela juvenil por entregas *Robertson, el as de los detectives*. Famosa por sus portadas, en la parte inferior se podía leer «La lucha contra los Gangsters», justo debajo de unas llamativas fotografías en blanco y negro. Fue publicada por Casa Editorial Vecchi de Barcelona, que imprimió más de cuarenta entregas.



Fig. 2. Robertson, ejemplo del detective «duro».

La Colección Detective, Novelas de Misterio y de Aventuras entra a formar parte del catálogo del editor M. Aguilar de Madrid a finales de la década de los años veinte, y se mantiene en el mismo hasta la década de los cuarenta. Otra colección importante fue Enigma, Novelas de Emoción y de Misterio, nacida en 1925 y editada por Saturnino Calleja, con, sobre todo, obras procedentes de Francia. Cada volumen contenía un episodio completo. En la contraportada, unos ojos dentro de unas gafas, unas cejas que las bordeaban y un gran signo de interrogación de cierre de color amarillo que en su parte inferior indicaba «Enigma». Superó las cien publicaciones. En 1928, la serie Grandes Éxitos Populares

de Editorial Juventud incluía en su lista obras procedentes de autores de Estados Unidos. Un año después fue muy conocida la Biblioteca Popular Fama, de la misma editorial y especializada en el mismo país. También publicaría El Antifaz, Colección Moderna de Novelas de Aventuras de Gran Emoción. En el año 1929 comienzan a publicarse obras en El Club del Crimen, por Dédalo, editorial que en 1932 inició la colección Selección Policíaca. En los años treinta destaca la serie Novelas Emocionantes, de Prensa Moderna, y La Novela Aventura, Serie Detectivesca, editada por Hyma desde 1933. En la década de los cuarenta es importante subrayar a la Editorial Maucci, de Barcelona, fundada por el librero italiano Emanuele Maucci Battistini. Publicó la serie Detective: Colección de Novelas Policíacas, de la que sacó una versión más económica, en grandes tiradas, conocida como la Colección Amarilla; un movimiento comercial audaz y que hoy se replica en casi todas las editoriales. Algunas de las colecciones nombradas nos acompañan hasta la segunda mitad del siglo, donde surgen otras nuevas como La Novela Moderna, de la Editorial Sopena.

Aunque los autores británicos eran los que dominaban el panorama general, una de las grandes curiosidades fue la del actor y cantante apodado «el Niño Ruiseñor», del que se publicó *Joselito detective*, de Alicia Romero en 1963, por Editorial Bruguera; en la misma línea, apareció en el mismo año *Marisol detective*, en la Editorial Felicidad de Bilbao, escrita por J. A. Igle. Ambas novelas seguían la estela de Saturnino Calleja, quien había adaptado al género a personajes famosos con *Mickey Detective* en 1934 y *Pinocho Detective* en 1935.

Auge del género

A partir de los años setenta se inicia un período de crecimiento del género en la literatura popular, con textos de

mayor calidad que en los años anteriores. Esta línea se mantiene hasta nuestros días. El argumento de estas primeras obras seguía un modelo similar: la localización del suceso a investigar, que por lo general era un asesinato, se situaba en un país extranjero, y los detectives encargados de la investigación tampoco eran españoles, sino foráneos del país elegido, con rasgos imitados o adaptados de otros personajes ya conocidos de otras publicaciones de mucho éxito. Nuestros autores firmaban bajo seudónimos anglosajones, como José M.^a del Valle, con el seudónimo de Oscar Montgomery, o el periodista Adelardo Fernández Arias, que utilizó los seudónimos Jack Forbes o Gary Wells, y Luis Conde Vélez, que firmó como Lewis E. Welleth.

Otros escritores profesionales, sin ser detectives privados de profesión, han escrito y publicado novelas con agencias de detectives como protagonistas. Para la creación de personajes, se asesoran con detectives reales, lo cual hace que resulten más auténticos. Es el caso de Carlos Zanón en su obra *Problemas de identidad*, del año 2019, donde adapta el célebre personaje del detective Pepe Carvalho, creado por Manuel Vázquez Montalbán. Han hecho lo mismo Ángel Pérez en su saga de libros con el título *Detectives*; Roser Ribas en su trilogía sobre la ficticia agencia de Barcelona Hernández Detectives: *Un asunto demasiado familiar* (2019), *Los buenos hijos* (2021) y *Nuestros muertos* (2023); Jose Antonio Marina y su agencia Mermelada & Benji en la novela *Memorias de un investigador privado* (2003); o José Antonio Sau, que publicó en 2018 una novela protagonizada por la detective Lola Oporto.

BAJO LOS FOCOS DEL TEATRO

A principios del siglo xx el teatro constituía una de las principales formas de entretenimiento, el cual convivía con otros tipos de ocio como los toros o el incipiente cinematógrafo.

Es por ello que el número de salas escénicas que había en las ciudades era superior a los que tenemos en la actualidad. La prensa, a diario, publicaba el repertorio de todas las funciones que se representaban y los periodistas analizaban los espectáculos y ejercían una implacable crítica teatral. Las funciones solían comenzar a las nueve o diez de la noche y asistir al teatro consistía en toda una ceremonia. Horas antes de la función principal, muchas compañías incluían, sobre las seis o siete de la tarde, la conocida como «sesión ver-mut», una función adicional que podía ser acompañada de esta bebida alcohólica aromatizada. El teatro ofrecía la posibilidad de experimentar la cercanía del escenario y la acción desarrollada en tiempo real: ningún otro género pone en juego el cuerpo como lo hace la dramaturgia, dándole un toque único a las sensaciones del espectador, quien se convierte en el caso de las obras detectivescas en cómplice involuntario del protagonista, pudiendo seguir sus pistas, crear sus propias teorías sobre los sospechosos, disfrutar y frustrarse por los giros inesperados que lo mantienen en vilo hasta su resolución.

La mayoría eran historias adaptadas, de la novela al escenario, un desafío extra para los dramaturgos, directores y actores, pues debían encontrar la manera de mantener la intriga y el suspense a lo largo de la obra, y al mismo tiempo ofrecer pistas y revelaciones de forma coherente y emocionante. Desde la presentación del crimen o del robo hasta el descubrimiento del culpable, cada detalle de la trama era importante. Los elementos visuales y escenográficos desempeñaban un papel fundamental en la creación de la atmósfera adecuada para sumergir al público en el misterio. El vestuario, la caracterización de los actores, el mobiliario, los objetos utilizados: todo contribuía a la inmersión del espectador. Se empleaban, pues, varios decorados para recrear escenas, donde se podían «vivir» actos violentos como peleas ficticias, disparos con armas de fuego, desastres como la voladura de un puente, la explosión de una bomba o in-

cluso un incendio. Los efectos de luces y sonido también resultaban, por ende, cruciales. El objetivo era que, al finalizar la obra, los asistentes hubieran disfrutado del llamado «teatro de emoción», lo que se lograba asimismo a través de la identificación con el actor protagonista. De esta forma, al igual que ocurrirá con el cine, si la palabra «detective» figuraba en el título o subtítulo de una obra de teatro, aseguraba parte del éxito de taquilla. Tres taquillazos sonados fueron *Sabater y Detective*, estrenada en 1916; *La banda de los zapatos o el detective Ulls de Mussol*, escrita en 1917 por Luis Juan Alcaraz; y, en los años cuarenta, *El detective Man-the-kon*, de Pedro Cuevas y Antonio J. Onieva.

Es lógico pensar que las primeras representaciones teatrales en España de este género contaran con los protagonistas más conocidos de las novelas ilustradas que eran éxitos de ventas en Francia, Bélgica, Inglaterra y Estados Unidos; a veces incluso se utilizaba la combinación de dos de sus nombres para llamar la atención del público, como en el caso de las obras *La aguja hueca: Lupin y Holmes* o *La captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes*. También hubo adaptaciones de historias que habían sido representadas con éxito en otros países o versiones de ediciones de libros o folletines que se publicaban por fascículos en los periódicos. Además, algunas compañías teatrales hicieron sus propias representaciones con obras que, aunque no incluían a personajes populares, estaban relacionadas con el género. (Como veremos más adelante, el cine también impulsó el conocimiento de dichos personajes, como es el caso de la película estadounidense de 1900, de poco más de treinta segundos de duración, *Sherlock Holmes Baffled*.) Tal fue el éxito de estas recreaciones en los escenarios que, a partir de 1918, se publicaron en la colección La Novela Policíaca obras teatrales ya estrenadas, de autores españoles, para ser leídas. Resulta curiosa la zarzuela *Baldomero Pachón*, que se estrenó el 16 de julio de 1913 en el Teatro Cómico de Madrid. En ella, un aficionado al detectivismo va a la búsqueda y captura de un bandido,

cuando todas las circunstancias apuntan a que tiene secuestrada a una muchacha, que en realidad se ha fugado con el novio. Toda una caricatura del género. Otra parodia, esta vez de una obra original, se tituló *El detective Jeph-Roch Homs*, estrenada en el Teatro Principal de Barcelona el 1 de abril de 1909. Y, claro está, Holmes es un personaje que nunca nos abandona; de hecho, en mayo de 2021 se estrenó en el Teatro EDP Gran Vía de Madrid *¿Quién mató a Sherlock Holmes? El musical*.

Al final de la primera década del siglo xx, el éxito alcanzado por este género hizo que varias compañías dedicadas a representar obras clásicas o contemporáneas que reflejaban la sociedad de la época lo incluyeran en sus repertorios. Del mismo modo que en la actualidad sigue en pleno esplendor de lectores y espectadores de cine —y, sobre todo, series—, a partir de los años veinte y hasta la década de los cuarenta vivió una época grandiosa en los escenarios, representándose prácticamente a diario alguna de estas funciones. Como anécdota, varias compañías tradicionales transformaron sus nombres comerciales para hacer evidente su especialización en obras policíacas, de misterio o detectivescas, entre ellas la Compañía de Dramas Policíacos Norteamericanos y Obras de Espectáculo, del actor valenciano Francisco Comes; la Compañía de Dramas Policíacos Alcoriza, dirigida por Amalio Alcoriza; la Compañía de Dramas Policíacos Caralt, del actor, empresario y director Ramón Caralt Sanromá, y la Compañía Dramática de Obras Policíacas, Norteamericanas y de Gran Espectáculo de Enrique Rambal.

Los argumentos y tramas de estas obras teatrales solían centrarse en la resolución de un crimen o un robo, protagonizados por héroes de las novelas del siglo xix y xx que trabajaban con la ley, como policías o detectives, entre los que destacaban Sherlock Holmes, Nick Carter o Arthur J. Raffles. Por otro lado, también se presentaban personajes que estaban en contra de la ley, como asesinos o ladrones, tales como Fantomas, Lupin o Zingomar. Estos últimos no



Fig. 3. Ramón Caralt en el cartel de *El Rey de los Detectives*.

fueron bien vistos por algunos periodistas especializados, quienes no consideraban adecuados los valores fomentados en esas funciones, ya que se invertían los roles del bien y del mal e, incluso, se ridiculizaba a la justicia. Sin embargo, el tiempo demostró que el público no se dejaba influenciar fácilmente por ese tipo de críticas. Todos estos icónicos personajes también fueron llevados a la gran pantalla en las primeras décadas del siglo xx.

Arthur J. Raffles, el ladrón elegante

Arthur J. Raffles es el protagonista de una de las primeras obras teatrales representadas con gran éxito. Se basó en el libro *Raffles el elegante*, escrito en 1893 por Ernest William Hornung, cuñado de Arthur Conan Doyle, al que le siguieron varias secuelas creadas tanto por Hornung como por otros autores que se apropiaron de la fama del personaje.

Raffles es un caballero elegante, ladrón de guante blanco, que se esconde entre la aristocracia y obtiene sus ingresos realizando robos ingeniosos. La primera adaptación al teatro corrió a cargo de Gil Parrado, seudónimo del periodista, poeta, escritor y dramaturgo Antonio Palomero. La obra, con el título *Raffles*, se estrenó en el Teatro de la Comedia de Madrid el 11 de febrero de 1908, por la compañía del mismo nombre, dirigida por Tirso Escudero. Alcanzó las sesenta representaciones (muchas para la época) y su repercusión fue tal que, dos semanas después del estreno, el entonces rey Alfonso XIII fue a verla. La obra se llevó a Barcelona, donde también fue muy bien recibida. La misma firma representó a este personaje con otros títulos distintos, pero también lo adoptaron en su repertorio otras compañías, como en el caso *La captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes* (1908). Al año siguiente llegaría la segunda parte con *Nadie más fuerte que Sherlock Holmes*, basada en *Arsène Lupin contra Herlock Sholmès*, de Maurice Leblanc. Posteriormente se estrenaron obras en la misma línea, aprovechando el éxito popular, como *Sherlock Holmes contra Raffles* o *El triunfo de Raffles*.

Nick Carter, el rey de los detectives

Otro de los personajes de los que debemos hablar es Nick Carter, un detective privado de Nueva York y director de la agencia Nick Carter's Detective Agency, que apareció por primera vez en *The Old Detective's Pupil Or The Mysterious Crime of Madison Square*, del periódico *New York Weekly*, en 1886. Como ocurrió en otros casos, varios escritores publicaron sus adaptaciones y versiones de las historias de Carter en formato folletín. También hubo versiones en película, la primera de ellas dirigida por Victorin Jasset en 1908, en Francia, bajo el título de *Nick Carter, le roi des detectives*, que constaba de seis cortometrajes y es considerada una de las

pioneras del género; logró llegar a varios teatros españoles y a los primeros cines de la nación. Años más tarde en Estados Unidos se estrenaría en cines *Nick Carter, Master Detective* (1939) a la que siguieron varias secuelas. El personaje fue tan popular que incluso tuvo su propia radionovela en el país, con el mismo nombre que la película y emitida entre los años 1943 y 1946 en la cadena Mutual. Además, encabezó su propia revista durante años y formó parte de una larga serie de novelas desde 1964 a 1990. En España era conocido como el «rey de los detectives», aunque, como veremos, esa denominación fue también utilizada para otros personajes.

Varios fueron los títulos de obras teatrales en España que tuvieron a Nick Carter como protagonista en las primeras décadas del siglo xx. La primera de ellas, *Nick Carter*, adaptada al castellano por Enrique F. Gutiérrez Roig, se estrenó el 10 de abril de 1913 en el Teatro de la Comedia de Madrid por la compañía de Tirso Escudero. Más adelante, *La corte del rey Octavio: aventuras de Nick Carter*, *El secreto del doctor Hopsson: aventuras de Nick Carter contra «La mano negra»*, *El Espía: célebres aventuras de Nick Carter*, *Nick Carter o El rey de los detectives*, *Los envenenadores o el corredor de la muerte: primera de la serie de aventuras de Nick Carter*, *La reina madre o el país de las bombas: aventuras regias de Nick Carter* y *El corredor de la muerte: célebres aventuras de Nick Carter*. Encontramos un dato interesante en la obra en cuatro actos *Zingomar contra Nick Carter*, que se estrenó el 3 de diciembre de 1917, pues —basada en una de las novelas protagonizadas por el detective, que además tuvo una adaptación cinematográfica con el mismo nombre— fue muy conocida en la época por representar un incendio al finalizar la obra. En su publicidad, la compañía indicaba: «Se advierte al respetable público que, a pesar de las proporciones que adquiere el incendio del cuarto acto, no hay peligro alguno de accidente». *Zingomar*, conocido como el «rey del crimen», se hizo muy popular en Europa a partir de los años veinte. Se trataba de un personaje de novela por entregas creado por el escritor argelino Léon Sazie,

cuyas aventuras literarias comenzaron en 1909 en el diario francés *Le Matin*. Escondía su rostro bajo una capucha roja y era líder de la Banda Z, que operaba en París. Se publicaron más de seis novelas entre 1910 y 1939 y hasta catorce películas, todas ellas proyectadas en España con gran éxito.

Fantomas, el camaleón

Fantomas es otro de los personajes que más despuntó entre los lectores de novelas de este género, un personaje icónico de la literatura francesa creado por Pierre Souvestre y Marcel Allain en 1911, un verdadero maestro del crimen, dotado de una gran capacidad camaleónica para cambiar de identidad y evadir a las autoridades. Su figura, siniestra y enigmática, encarna el mal en su forma más astuta e implacable. Conocido por sus elaborados crímenes, su inteligencia maquiavélica y su capacidad para cambiar de identidad y llevar a cabo crímenes ingeniosos, convierte la persecución en un duelo de astucia entre él y los detectives que lo persiguen, especialmente el inspector Juve, quien a menudo trabaja con métodos propios de un detective privado: investigación independiente, infiltración y deducción.

Los autores Souvestre y Allain fueron increíblemente prolíficos, con más de treinta volúmenes publicados en poco tiempo, y llevaron a Fantomas a la fama, tanto en la literatura como en el cine, con numerosas adaptaciones. Varias fueron las películas proyectadas, como *Fantomas*, *La espiación de Fantomas*, *Fantomas o la casa misteriosa: últimos triunfos de Sherlock Holmes* o *Fantomas y Zingomar*. También se adaptaron versiones femeninas del personaje, como *Los buscadores de oro o la mujer Fantomas* o *La señorita Fantomas: ladrones de hoteles*. En España, Fantomas mantuvo su nombre original, aunque en algunas traducciones más antiguas también se le conoció como Fántomas (con tilde), pero sin cambiar demasiado su identidad. Al igual que en Francia, su impacto

fue notable en los lectores de novelas de aventuras y misterio, y también fue adaptado en series de cine y televisión, consolidando su popularidad internacional.



Fig. 4. La primera representación de *Fantômas* en el original francés.

Arsène Lupin, el caballero ladrón

Creado por el escritor francés Maurice Leblanc, este maestro del disfraz protagoniza una serie de novelas y relatos de aventuras bajo el título *Las aventuras de Arsène Lupin*. Con su carisma, ingenio y encanto, se distingue por la habilidad para cometer robos meticulosamente planeados y escapar de situaciones peligrosas con astucia y audacia. Aunque no es un detective en el sentido clásico, comparte muchas de sus habilidades, se enfrenta a ellos y, en ciertos aspectos, encarna un «detective a la inversa», usando las mismas herramientas (la deducción, la observación minuciosa y el inge-

nio), pero para fines delictivos, lo que crea una relación simbiótica con el género detectivesco. En muchas de sus aventuras se enfrenta a detectives famosos, como el inspector Ganimard, e incluso a Sherlock Holmes (aunque con un nombre modificado por cuestiones legales). Estas interacciones destacan la conexión entre ambos mundos, donde Lupin es tanto el adversario como, en ocasiones, una versión alternativa del detective.

Además de sus numerosas adaptaciones cinematográficas y literarias, también dio el salto al teatro, donde se realizaron varias representaciones de sus hazañas en España. Una de las primeras tuvo lugar en febrero de 1909 en el Teatro Principal de Barcelona, *Arseni Lupin*. Esta adaptación teatral marcó el inicio de un ciclo de montajes en diferentes teatros del país, donde la figura de Lupin atrajo a las audiencias con la misma fascinación que en sus relatos originales, consolidando su popularidad en el escenario español.

Sherlock Holmes, el más famoso

El personaje por excelencia, el más representado, en el teatro especialmente, ha sido Sherlock Holmes. Símbolo de ingenio, meticulosidad y brillante análisis lógico, inseparable de su atuendo icónico (capa y pipa) y de su compañero, el doctor Watson, es probablemente el mayor referente universal en la ficción detectivesca. Además de las adaptaciones de las novelas consideradas como canon por su autor, se han representado centenares de versiones independientes, con adaptaciones cómicas, infantiles, dramáticas e incluso zarzuelas. Arthur Conan Doyle, fallecido en 1930, escribió su última novela, *El archivo de Sherlock Holmes*, que contiene doce cuentos narrados por el doctor Watson, en 1927. El periodista Leandro Blanco, en el periódico *La Mañana* del 13 de enero de 1918, indicaba que «el que escribe se encuentra vis a vis con unos catálogos de librerías en los que

hay inscritos, sobre poco más o menos, unos mil quinientos episodios de los que es protagonista el popularísimo detective Sherlock Holmes». Desde 1904 varios periódicos publicaban a modo de folletín las aventuras del detective, dedicándole un cuarto de página. Entre ellos se encontraban *El Diario de Burgos*, *El Diluvio* o *La Correspondencia de España*. La primera adaptación teatral, *Sherlock Holmes*, fue del estadounidense William Gillette en 1899, basada en un resumen de los libros *Escándalo en Bohemia*, *El problema final* y *Estudio en escarlata*. Resulta imprescindible destacar la increíble aportación de Gillette al personaje, ya que incorporó los elementos visuales a la indumentaria y una caracterización que no aparecía en los libros y que influenció a los que le prosiguieron, convirtiéndolo en el icono que conocemos hoy. También se le atribuye a Gillette la película *Sherlock Holmes*, estrenada el 15 de mayo de 1916 y dirigida por Arthur Berthelet, en blanco y negro, muda y protagonizada por el propio Gillette, Edward Fielding como el doctor Watson y Ernest Maupain como el profesor Moriarty. Sobre el original de Gillette se realizó en 1907 una reelaboración al francés por Pierre Decourcelle, que difiere significativamente de la versión en inglés: algunos personajes cambian de nombre, la obra se divide en cinco actos y ofrece un final diferente.

Esta versión fue traducida al catalán por el autor Salvador Vilaregut y fue representada por primera vez en la península ibérica el 21 de abril de 1908 por la compañía del Teatro Principal de Barcelona. Titulada *El detective Sherlock Holmes* y dividida en cinco actos y seis cuadros, venía precedida del gran éxito de la original en París, Roma, Londres, Bruselas y Nueva York. Las estadísticas, según el periódico *La Correspondencia* del 30 de noviembre de 1908, indicaban que la obra ya se había representado más de 12.000 veces en todo el mundo. El actor que representó el papel de Sherlock Holmes fue Enrique Giménez, que también era el director de la obra, y el papel de Moriarty lo hizo Augusto Barbosa. La

obra fue traducida al castellano en julio de 1908 por Manuel Melgarejo, para que la compañía del empresario Tirso García Escudero la representara en el Teatro de la Comedia de Madrid el 3 de diciembre de 1908. Holmes fue interpretado por José Santiago, un conocido comediante que demostró grandes dotes de actuación; Pedro Zorrilla, otro actor de comedia, hizo el papel de Moriarty. Podemos intuir que la evolución de la obra estrenada en inglés hasta la versión en castellano fue enorme.

Hubo destacados artistas teatrales asociados al personaje de Sherlock Holmes durante años. Entre ellos, Ramón Caralt, empresario y director; el barcelonés Enric Giménez, productor y escenógrafo; Eliseo San Juan, también empresario; Enrique Grimau de Mauro, inspector de policía y dramaturgo; Enrique Rambal Saciá, productor valenciano; Francisco Comes, director y empresario también valenciano; y Federico García Parreño, reconocido director. En el cine, actores como Jeremy Brett, Peter Cushing y Basil Rathbone se consolidaron como icónicos intérpretes del detective, inmortalizando al personaje en la gran pantalla.

No quisiera aburrir al lector con un listado de títulos, así que solo mencionaré algunas obras destacadas que se representaron hasta la década de los años cuarenta del siglo xx. Además de las ya citadas anteriormente nos encontramos con *La sombra trágica de Sherlock Holmes*, *Un caso de identidad*, *La tragedia de los Baskerville*, *El perro fantasma*, *El vendedor de cadáveres*, *Nadie más fuerte que Sherlock Holmes*, *El secreto del submarino*, *La tragedia del decapitado o el muerto vivo*, *El suplicio de Max Vert*, *La muerte resucitada: célebres aventuras de Sherlock Holmes* y un largo etcétera.

Pepe Carvalho, el antihéroe que ama la gastronomía

Es imprescindible dedicar unas líneas al periodista, novelista, poeta, ensayista y crítico gastronómico barcelonés Ma-

nuel Vázquez Montalbán, creador del personaje del detective gallego con residencia en Barcelona Pepe Carvalho. Su arquetipo es el de un exagente de la CIA norteamericana y excomunista conocido por su visión cínica del mundo, su intelecto afilado y su gusto por la buena comida. A diferencia de otros detectives clásicos, es un personaje humano, lleno de contradicciones: por un lado, es un hombre duro y desencantado con el sistema, mientras que, por el otro, es un amante de la gastronomía y la cultura. Además, cuenta con un ayudante que se llama Biscuter. Otra de sus singulares características es su hábito de quemar libros en la chimenea, una especie de declaración de su desilusión con la idea del valor de la cultura para cambiar el mundo. Este rasgo le convierte en un personaje único, marcado por un profundo desencanto social y político, pues Carvalho fue un medio para que el autor narrara una crónica sociopolítica, histórica y cultural de la época.

Sus historias, ambientadas en una Barcelona que oscila entre lo cosmopolita y lo marginal, conforman una de las series del género negro más exitosas y productivas de la literatura española. En total, la componen cerca de veinte novelas y diez cuentos. En todas las obras hay alguna referencia gastronómica, incluyendo recetas, que funcionan como una de las señas de identidad de su autor. La combinación del tono introspectivo y literario del personaje con la narrativa visual ha permitido que sus historias se presten bien tanto al cine como al teatro, mostrando su desencanto, ironía y amor por la gastronomía de una manera cercana al espectador. Una de las adaptaciones más destacadas fue la obra *Carvalho*, llevada a los escenarios en 2004, que combinaba elementos de varias de las novelas de la serie. Esta adaptación estuvo a cargo del dramaturgo y director José Luis García Sánchez, quien también había trabajado en el guion de películas basadas en el personaje. Además, algunas adaptaciones cinematográficas y televisivas de Carvalho también han tenido un enfoque casi teatral en su realización.